

haber dejado con vida tantos Camerons y Macphersons como el favorito colocó en todos los empleos y cargos públicos; siendo por tanto en aquella ocasion el de Cumberland muy popular entre sus compatriotas, y más todavía entre los ciudadanos de Lóndres.

No tenía motivos de amar al Rey, y habia demostrado claramente, aunque sin hacer alardes inoportunos de su desvío, una manera de alejamiento de la política observada los últimos años; pero como al propio tiempo tenía un concepto elevado y caballeresco de sus deberes de príncipe de la sangre hácia el jefe de la casa, determinó sacar de la esclavitud á su sobrino y conseguir una reconciliacion entre el trono y los *wighs*, bajo condiciones honrosas para entrambas partes.

Y poniendo en ejecucion su pensamiento, se dirigió á Hayes, siendo recibido en la cámara del paciente, porque Mr. Pitt ni queria dejar su habitacion, ni conferenciar con mensajero de rango ménos elevado que lo era el de Cumberland. Entónces comenzó por parte del hombre de Estado una serie lamentable de faltas y errores que ocasionaron á su patria dificultades y miserias más grandes que cuantas ocurrieron en épocas anteriores y él fué parte á resolver favorablemente para ella. Empleó un lenguaje altanero, sin razon é ininteligible, siendo la única cosa que pudiera comprenderse, á vueltas de sus frases vagas y desatentas, que no queria el poder en aquellos momentos. Mas la verdad del caso era, en nuestro concepto, que lord Temple, demonio inspirador de Mr. Pitt, acababa de fraguar un nuevo plan político para que su cuñado lo realizara. Porque poseido Temple de odio profundo contra lord Bute y la Princesa madre, se habia indispuerto

con su hermano Jorge Grenville sólo por verlo aliado de la Princesa y de lord Bute; pero al presente que Grenville parecia enemistado con ambos, Temple se afanaba en conseguir la reconciliacion general de la familia, pues una vez realizada, los tres hermanos, como el público llamaba generalmente á Temple, Grenville y Pitt, podrian formar un gobierno sin necesidad del auxilio de lord Bute y de la camarilla *whig*. En la esperanza de lograr este plan, lord Temple hizo uso de toda su influencia y su persuasion para convencer á Mr. Pitt y reducirlo á rechazar las proposiciones del duque de Cumberland; y áun cuando no pudo alcanzar lo primero, sí lo segundo; que tenía sobre su cuñado más influencia que ninguna otra persona. Eran muy amigos de antiguo y parientes cercanos, y si el talento de Mr. Pitt y su celebridad fueron útiles á lord Temple, la caja de lord Temple sacó de grandes apuros á Pitt; nunca se habian separado, ni disentido nunca en política; dos veces entraron y salieron juntos del poder, y Pitt no podia conformarse á la idea de tomar las riendas del gobierno sin su aliado de siempre. No obstante, en aquella ocasion comprendia que no sólo cometia una falta muy grave cediendo á los consejos de su cuñado, sino que rechazaba una oportunidad de servir á su patria. Buena prueba de las dudas y vacilaciones que lo asediaban en aquellos momentos fué la manera sibilina, oscura, vaga, intransigente con que contestó á las indicaciones del duque de Cumberland, y que más parecia propia de un espíritu intranquilo y no nada satisfecho de sí mismo que del ánimo de Mr. Pitt. Refieren á este propósito que, conversando con lord Temple, le comentó melancólicamente aquellos versos de Virgilio, que dicen:

Extinxi te meque, soror, populumque, patresque
Sidonios, urbemque tuam;

y en verdad que la prediccion no podia ser más justa.

No hallando Cumberland términos hábiles de reducir á Mr. Pitt, aconsejó al Rey que se sometiese á la necesidad y mantuviera en sus puestos á Grenville y los Bedford; que tampoco era la ocasion de aquellas que consienten crisis prolongadas ni vacantes ministeriales de cierta duracion, porque la incertidumbre y la inseguridad en que se hallaba el gobierno desde hacia tiempo, produjo una manera de relajamiento general en todos los centros administrativos, cuyos efectos se dejaban sentir en los diversos ramos del servicio público: reuniones populares que habrian sido inofensivas en otras épocas, se trocaron en tumultos y llegaron á revestir el carácter de revueltas; el palacio del Parlamento fué sitiado por los tejedores de Spitalfields, y Bedford-House asaltada por el populacho enfurecido, siendo necesario defenderla con fuerzas de infantería y caballería. Y mientras unos achacaban estos desórdenes á los amigos de Bute, y otros á los de Wilkes, lo cierto y averiguado es que no eran sino efecto de la inquietud general y del desasosiego y desconcierto que reinaba en todas partes. En tal estado las cosas, no podia el Rey vacilar por más tiempo, aumentando con su conducta el malestar universal del país, y así, haciendo un gran esfuerzo y bien contra su voluntad, anunció á sus ministro que habia resuelto mantenerlos en sus puestos.

Grenville y sus compañeros de Gabinete contestaron á S. M. conformándose á su deseo; pero exigiéndole palabra solemne de no volver á consultar en lo sucesivo á lord Bute, en lo cual vino el Rey.

Mas, no bien habieron obtenido esta promesa, formularon otra pretension. Porque como un hermano de Bute, llamado Mr. Mackenzie, ocupara en Escocia un puesto lucrativo, pidieron á Jorge su destitucion inmediata, y áun cuando el monarca les contestó que aquel empleo se lo habia dado en circunstancias especiales, y ofreciéndole no privarlo de él mientras viviera, Grenville persistió, y el Rey hubo de ceder.

Habia concluido la legislatura; el triunfo de los ministros era completo, y el Rey estaba tan prisionero y atado como Carlos I en la isla de Wight. Tal habia sido el término de la política proclamada pocos meses ántes por garantía cierta y positiva del trono contra toda dictadura de súbditos insolentes.

Pero como el resentimiento natural de S. M. se traslucia en todos sus actos y palabras y hasta en sus miradas, al sentirse oprimido y vejado y en tanta extremidad, se volvió hácia la camarilla *whig*, ántes objeto de saña y temor para él. El duque de Devonshire, á quien habia tratado con tan inexcusable dureza tiempo atras, habia muerto, sucediéndole su hijo casi niño todavía; y el Rey, que deseaba mortificar á sus ministros, quiso dar el pésame de viva voz al huérfano y juntamente decirle cuánto sentía lo pasado con su padre, invitándolo al efecto á venir á su cámara, donde se presentó el jóven magnate acompañado de sus tíos, y fué objeto de singulares y muy expresivas muestras de aprecio.

Este síntoma y otros muchos de igual carácter que se presentaron, produjeron grande irritacion en los ministros, los cuales, en desquite, infirieron al Rey nuevo insulto, y tan grande, que á tener Jorge las condiciones de carácter de su abuelo, habrian salido á puntapiés de su despacho. Bedford y Grenville le

pidieron audiencia, y recibidos que fueron, dieron lectura en su presencia á un capitulo de cargos contra S. M., que habian redactado con gran extension y esmero, y en el cual lo acusaban de haber faltado á su palabra y tratado á sus consejeros con insigne mala fe. La Princesa, madre del Rey, era objeto de palabras no nada lisonjeras en este papel, y se añadia, si bien de una manera velada, que la vida de lord Bute corria inminente peligro, y de una manera clara y terminante que no debia el monarca mostrarse, como lo hacia, descontento de la situacion, sino, al contrario, parecer afable con sus ministros en público. Jorge interrumpió la lectura del documento varias veces para decir que no sostenia relaciones con lord Bute; pero los ministros continuaban impertérritos sin hacer caso de las palabras del Rey, quien al fin hubo de ceder, callar y oír en silencio hasta el fin, aunque reprimiendo la cólera de que se hallaba poseído. Cuando hubieron terminado la lectura, expresó Jorge III su deseo de quedar solo con un ademan significativo, y algun tiempo despues confesó á sus amigos que por contenerse habia estado á punto en aquel trance de caer con un ataque cerebral.

Desesperado el Rey, acudió de nuevo al duque de Cumberland en demanda de auxilio, y éste, tambien de nuevo, á Mr. Pitt; mas áun cuando Mr. Pitt se hallaba realmente ganoso de tomar la direccion de los negocios públicos, manifestó, no sin grandes muestras de respeto hácia el monarca, que las condiciones ofrecidas por S. M. eran cuánto podia desear un súbdito; pero que Temple seguia inquebrantable, y que, sin su cooperacion, aunque deplorándolo mucho, no podia encargarse del gobierno.

En este caso, no vió el duque sino una esperanza

de salud para su sobrino, y era en su concepto la de formar un Gabinete de la oposicion *whig*, sin el auxilio de Pitt. Sin embargo, las dificultades que se ofrecian para lograrlo parecian invencibles, porque como la muerte y las deserciones habian cercenado de una manera terrible las filas del partido ántes tan poderoso en el Estado, aquellos entre quienes hubiera querido escoger el de Cumberland podian clasificarse en dos categorias: la de los hombres demasiado ancianos para ejercer cargos importantes, y la de los que nunca los ejercieron, á virtud de lo cual el Gobierno habria de formarse con reclutas é inválidos, extremos ambos peligrosos.

Malo era esto; pero no carecia de algo bueno, pues si los hombres de Estado *whigs* no tenian mucha experiencia de los negocios ni de la discusion, en cambio estaban limpios y puros de aquella inmoralidad política que tan profundas manchas echó sobre sus predecesores; pudiendo decirse que si prolongada prosperidad fué parte á corromper al gran partido que arrojó del trono á los Estuardos, limitó la régia prerogativa y doméñó el despotismo de la jerarquía eclesiástica, la desgracia, por el contrario, iba purificándolo y produciendo en él los más saludables efectos. El advenimiento de Jorge III puso fin á la supremacia del partido *whig*, y desde aquel momento comenzó su depuracion. Los jefes que lo acaudillaban á la sazón eran hombres muy diferentes de los Sandys, de los Winnington, de sir William Yongé y de Enrique Fox, dignos bajo todos conceptos de pelear al lado de Hampden en los llanos de Charlgrove, y de dar un abrazo de adios postero á lord Russell en el cadalso de Lincoln's Inn Fields; que inspiraban su conducta política en los mismos elevados principios de virtud que regian su

vida privada, y que nunca se hubieran rebajado á perseguir los fines más nobles y saludables por medios reprobados del honor y de la probidad. Así eran lord John Cavendish, sir Jorge Savile y tantos otros cuya memoria veneramos, por haber sido los segundos fundadores del partido *whig* y los que lo restablecieron en su salud y vigor primero al cabo de medio siglo de postracion, abatimiento, ruina y miseria degradante.

Era jefe de este grupo tan respetable el marqués de Rockingham, personaje acaudalado, de muy recto juicio y de intachable reputacion, y áun cuando experimentó siempre hasta el fin de sus dias cierta invencible timidez de hablar en la Cámara de los lores, donde tenía su asiento, y que por efecto tal vez de su cortedad no pudo brillar nunca en el Parlamento, poseía en cambio y en alto grado algunas de las cualidades de los estadistas. Además sabía escoger sus amigos, y atraérselos y sujetarlos á su voluntad cautivados de sus prendas y honrada manera; y la complacencia y la fidelidad con que se agruparon en torno suyo durante largos años de oposicion sin esperanza casi de conquistar el poder no fué tan admirable ciertamente como el desinterés hidalgo y generoso y la delicadeza extremada de la cual dieron tan señaladas pruebas en la hora del triunfo, cuando el de Rockingham subió al poder.

Nada será en nuestro concepto más ocasionado á dar á conocer el uso y el abuso del espíritu de partido como un paralelo entre las dos tan importantes fracciones acaudilladas por Rockingham y los Bedford. Era el partido de Rockingham para nosotros lo que debe ser un partido: lo constituian hombres unidos por los vínculos de la mútua esti-

macion y de la comunidad de ideas y propósitos, que deseaban llegar á la direccion suprema de los negocios; pero por medios honrados y constitucionales, como así lo declaraban en todo momento, y que, áun cuando fueron solicitados á menudo para ocupar cargos elevados y recibir mercedes, siempre los rehusaron al serles ofrecidos en condiciones incompatibles con sus principios. A su vez, el partido del duque de Bedford carecia, como tal partido, de principios. Sandwich y Rigby tenían necesidad de las subvenciones del Tesoro público, por ejemplo, y persuadidos de que podrian explotarlo mejor juntos que separados, no se apartaban uno de otro; que, de no entenderlo así, su concordia no habria subsistido mucho tiempo, ni hubieran obligado tampoco á obrar de concierto con ellos á un hombre cual lo era Bedford, de más importancia y virtudes que no ellos.

El duque de Cumberland acudió entónces al marqués de Rockingham en demanda de auxilio para el Rey. Vino en ello el marqués, y se hizo cargo de la Tesorería; y como el de Newcastle, á quien los *whigs* habian reconocido por su jefe durante largos años, no podia quedar fuera del nuevo gobierno, fué nombrado Canciller del Sello. Un caballero de notoria lucidez de ingenio y honrada fama, llamado Mr. Dowdeswell, ocupó el puesto de Canciller de Hacienda; el general Conway, que habia servido bajo las órdenes del duque de Cumberland y era muy adicto á S. A. R., fué secretario de Estado y tomó la direccion de la Cámara de los Comunes, y un magnate *whig*, que á la sazón se hallaba en la flor de la vida y en quien se fundaban entónces grandes y dignas esperanzas, el duque de Grafton, obtuvo la otra secretaria.

No recordaban los ancianos un Gabinete más débil en punto á oradores y á experiencia en los negocios, siendo por esta causa general la opinion de que los ministros no podrian permanecer en sus puestos sino el intervalo de dos legislaturas, y que desaparecerian de la escena política con la primera discusion parlamentaria. Carlos Townshend decia que aquello era «un Gabinete de tafetan, bueno para el verano, pero que no valia nada llegado el invierno.»

Sin embargo, lord Rockingham, comprendiéndolo así, tuvo el acierto de atraerse un aliado poderoso, porque la persona de quien hablamos reunia elocuencia superior á la de Pitt, habilidad más grande que la de Grenville, y talento más aventajado, claro y extenso que los de Pitt y Grenville juntos. Llamábase O'Burke, habia nacido en Irlanda, y abandonó su país natal para buscar fortuna en Lóndres, donde trabajó mucho para los editorés, y se dió principalmente á conocer con un tratadito en el cual logró imitar de una manera felicisima el estilo y la lógica de Bolingbroke, y expuso la teoría más ingeniosa que sólida de los goces que nos proporcionan las obras de buen gusto. Gozaba de mucha reputacion de conversador fácil y ameno, tanto que los literatos que se reunian á cenar en *La cabeza del Turco* (The Turk's Head) lo reputaban por el único que pudiera disputar con el Dr. Johnson. Rockingham lo eligió para su secretario particular, y su influjo le abrió las puertas del Parlamento, no sin lucha, porque el duque de Newcastle, que iba siempre por todas partes sembrando la zizaña, dijo al primer lord de la Tesorería que tuviera mucha cuenta con el aventurero irlandés, pues á él le constaba que no era otra cosa sino un jacobista, católico y jesuita por añadidura. Pero Rockingham despreció el men-

saje cual merecia, y el partido *whig* ganó fuerza y prestigio trayendo á sus filas á Edmundo Burke.

Menesterozo estaba en verdad el partido de adquisiciones importantes, porque no pasaria mucho tiempo sin sufrir una pérdida irreparable casi en la persona del duque de Cumberland, su principal apoyo, cuyo rango ilustre y esclarecido nombre servian en cierto modo de contrapeso á la fama de Mr. Pitt; que desempeñaba como mediador entre los *whigs* y la corte un papel irremplazable, y cuya energia de carácter suplía lo que más faltaba en el Gabinete. Conway, por ejemplo, con los mejores propósitos y más honradas intenciones, era el hombre irresoluto por excelencia, y habia menester de los consejos de aquel espíritu varonil y fuerte para cobrar el ánimo y el vigor que le negó naturaleza. La muerte del Duque ocurrió ántes de abrirse las Cámaras, y se consideró por todos como indicio de gran perturbacion y desconcierto; el cual presentimiento, unido al respeto que inspiraban sus virtudes personales, fué causa de hondo pesar, mereciendo consignarse que las demostraciones de duelo hechas con tan triste motivo excedieron á cuanto hasta entónces se habia visto en Lóndres, y que aquel luto, no sólo llegó á ser más general y riguroso, sino más largo que lo prescribió la *Gaceta Oficial*.

Entre tanto, cada correo de América era mensajero de peores nuevas, y los sucesores de Grenville recogian la cosecha de la siembra de Grenville; porque si las Colonias no se hallaban en estado de insurreccion, les faltaba poco: quemaban los timbres, untaban de brea y emplumaban á los recaudadores del impuesto, y las transacciones mercantiles entre las provincias descontentas y la metrópoli se hallaban en suspenso, con lo cual la bolsa de Lón-

dres sentía los efectos del pánico, y la mitad de las casas de comercio de Bristol y de Liverpool estaban amenazadas de quiebra, y en Leeds, Manchester y Nottingham se decía que las fábricas iban á despedir el treinta por ciento de sus trabajadores. En una palabra, la guerra civil parecía inminente, y nadie dudaba de que si la nación inglesa, por su mal, se dividía en dos campos, revolviéndose contra si misma, Francia y España tardarian poco en tomar parte en la querrela.

Tres caminos se ofrecían al Gobierno para ocurrir al daño. Era el primero hacer cumplir la ley del timbre por la fuerza de las armas; partido al que su Majestad y Grenville se inclinaban igualmente: que ambos sentían la misma natural propension por las medidas arbitrarias y violentas, y si se parecían demasiado para ser amigos, también por razon de su misma semejanza debían considerar bajo idéntico punto de vista casi todas las cuestiones importantes y prácticas. Ninguno podía consentir que lo gobernara el otro; pero á seguida se concertaban y quedaban conformes en orden á gobernar el pueblo.

Pitt aconsejaba otra conducta, pues decía que con arreglo á la Constitucion no era el Parlamento competente para votar una ley á virtud de la cual se impusieran cargas á las colonias, reputando por tanto la ley del timbre documento tan falto de validez como la Real orden de Carlos I sobre el impuesto de los barcos, ó la proclama de Jacobo II suspendiendo las leyes penales; doctrina que nos parece insostenible.

Demás de estos partidos extremos, habia otro intermediario. Profesaban á la sazón los hombres de Estado más moderados y juiciosos que la Constitucion inglesa no habia puesto límite alguno al po-

der legislativo del Rey, de los Lores y de los Comunes de Inglaterra en toda la redondez del imperio británico, y estimaban que así eran competentes las Cámaras para imponer contribuciones y gabelas en las Colonias, como para cometer cualquiera otro acto de locura ó de iniquidad, lo mismo para confiscar los bienes de todos los comerciantes de Lombard-Street, que para condenar por crimen de traicion á cualquier ciudadano á la pérdida de sus derechos civiles, sin curarse de oír testigos, ni de oirlo á él mismo en su propia defensa, por ser á sus ojos la ley más bárbara de confiscacion ó degradacion tan válida como la del *Habeas corpus*. Pero si los legisladores se hallan obligados por todos los preceptos morales á oponerse sistemáticamente á las leyes de confiscacion y degradacion, análogo deber preceptuaba también á los legisladores ingleses negarse á imponer contribuciones á las Colonias americanas, con tanta más razon, cuanto que la ley del timbre, justificable si se quiere bajo el punto de vista de la competencia constitucional del Parlamento, era inicua, impolitica, estéril en productos y fértil sólo en agravios y turbulencias. Tan sana y discreta doctrina se adoptó por lord Rockingham y sus colegas, y tuvo por abogado á Burke, durante muchos años, dando asunto á discursos elocuentísimos, algunos de los cuales durarán tanto en la memoria de las gentes quanto dure la lengua inglesa.

Con la llegada del invierno se reunió el Parlamento y comenzaron los debates acerca del estado de las Colonias. Pitt, cuya salud se habia restablecido algun tanto merced á los baños de Bath, acudió á la Cámara de los Comunes y elevó la discusion á grande altura, impugnando con patética y enérgica

elocuencia la ley del timbre, aplaudiendo la resistencia opuesta por Massachusetts y Virginia, y sosteniendo, lleno de vehemencia y de fuego, contra toda razon y justicia, en nuestro sentir, que conforme á la Constitucion inglesa el poder soberano de legislar no implica el de imponer contribuciones. A su vez, el lenguaje de Grenville tenia mucha semejanza con el que sin duda emplearia Strafford en los consejos de Carlos I, cuando llegaran nuevas de la resistencia que hallaba la liturgia en Edimburgo, porque á sus ojos los colonos no eran sino traidores, y los que buscaban excusas á su conducta tan perversos como ellos; no habiendo más razones posibles con los rebeldes que las armas y la guerra.

Los ministros plantaron su tienda entre los dos campos, pidiendo á las Cámaras que declarasen onnímido siempre y en todo el imperio británico el poder legislativo del Parlamento inglés, y autorizacion para retirar la ley del timbre. Opúsose Pitt á lo primero; mas en vano, porque se votó casi por unanimidad. En cambio, apoyó enérgicamente la idea del Gobierno respecto de la ley del timbre; mas el Gobierno vió entónces avanzar contra él en órden de batalla una coaliccion formidable. Grenville y los Bedford parecian furiosos, y Temple, que se habia reconciliado y unido con su hermano despues de separarse de Pitt, no era enemigo despreciable. Más aún: el ministerio carecia de fuerza propia desde la muerte del duque de Cumberland, y en estas condiciones, no sólo tenia que luchar contra sus enemigos declarados, si que tambien contra la hostilidad del Monarca y de un grupo de hombres que comenzaron á ser por entónces designados bajo la denominacion de Amigos del Rey.

Burke trazó por aquel tiempo, con valentia y vida

extraordinarias áun en él mismo, los rasgos característicos de este grupo; y á pesar de que cuantos conocen la influencia tan decisiva que las pasiones ejercieron en su ánimo siempre podrán, sin que la sospecha se antoje á ninguno extraña y fuera de lugar, entender que ántes hizo una caricatura que no un retrato, es lo cierto que tal vez no haya en el cuadro un solo rasgo cuya exactitud no pueda demostrarse merced á hechos de indubitable autenticidad.

Era en vano que lord Bute hiciese alarde continuo de no intervenir en politica; en vano que con singular perseverancia hubiese renunciado por completo á presentarse más en las recepciones de palacio; en vano que fuese á Escocia y á Roma, porque la generalidad de las gentes consideraba los Amigos del Rey como un cuerpo cuya alma fuera el Conde; llegando á tal extremo las imaginaciones y las conjeturas, que ántes de suponerlo extraño á la conducta de Jorge III, preferian creer que por cualquier medio inexplicable lo inspiraba y dirigia todo, no siendo las personas de posicion elevada las que ménos abundaban en tan vulgares preocupaciones. Por lo que á nosotros respecta, entendemos que la sospecha carecia de fundamento, y que las relaciones políticas de lord Bute con el Rey acabaron por completo algun tiempo ántes de la salida de Grenville. Y en verdad que nada es tan inútil como suponer influencias secretas de lord Bute para explicar los orígenes y progresos del nuevo partido. Porque su Majestad no era ya el año de gracia de 1765 aquel jóven inexperto é ignorante que se dejaba llevar de los consejos de su madre y de su gentil-hombre de cámara, pues por espacio de algunos años habia observado la lucha de los partidos y conversado